infierno

Publicación Anárquica por el desmadre y la revuelta /Verano 2013





LA CORRIENTE NIHILISTA

Para un revolucionario las circunstancias están siempre maduras
Che Guevara

La corriente nihilista, siendo una mezcla de valores de movilidad y de búsquedas de ruptura verdadera que están continuamente evolucionando, no se empareja con monstruosidad elitista alguna, como se la presenta. El nihilismo no es un contrapeso de fuerza al respecto de las otras teorías y puntos de vista, simplemente es diferente.

El hecho de adaptar tu discurso político como también los marcos que te fueron impuestos a unas condiciones nuevas, y al mismo tiempo revisar continuamente tu pensamiento considerando la continua evolución de las normas sistémicas y de la jerarquía capitalista dominante, pues, tal proceso se podría describir solamente como algo sano y legítimo.

El hecho de que el análisis crítico de la gran parte de los luchadores, tanto «cercanos» como «lejanos», no se agote en una cháchara sobre las cuestiones puramente académicas sino que vaya más allá, tampoco tiene que ver con alguna corriente específica.

Quizás aquellos que razonan así, son los que de hecho incorporan una jerarquía informal en sus estructuras...

La crítica revolucionaria significa desmembrar las condiciones, motivos y situaciones para luego valorarlas, profundizarlas y de nuevo seguir buscando.

Obviamente no se trata de etimología sino, muy claramente, de la esencia. Una práctica revolucionaria acompañada por un discurso profundizado analíticamente de la propuesta política, no sería innovadora si no se dirigiera contra su propia época. En el caso de no hacerlo, pierde su apuesta. Una apuesta por una intervención política crucial.

Tenemos que considerar el hecho de que existen los luchadores y luchadoras, las cuales combatiendo por cambiar los marcos mismos de sus vidas automáticamente entran en guerra con todo lo que mantiene el cautiverio sistémico, con todo que eterniza la inercia social.

La referencia que hace el revolucionario al discurso que ha llevado a cabo en la práctica, es la piedra angular de su estructura ideológica. Es el momento en el cual, en base a sus motivaciones políticas, dirige su crítica en contra del nuevo orden de las cosas. Pues, siguiendo el rastro de las nuevas herramientas dominantes del Poder, del capitalismo y de las apreciadas estructuras mediáticas del tejido social, vemos como efectivo un modelo de búsqueda y análisis permanente, que crea una incorporación duradera del discurso y de la práctica, del pensamiento y del punto de vista, y lo usa como un arma contra las estructuras del enemigo.

El único que pondría un significado negativo a la esencia de la vanguardia, a sus resultados prácticos pero también teóricos, sería aquel que no puede reconocer su esencia.

Las molotov, las pistolas, las bombas y las piedras no tienen una boca para hablar.

La opinión de que «los hechos hablan por si mismos» no tiene nada para decirnos ni para ofrecernos. Es la misma lógica con la que penetra el elitismo de la espectacularidad y de la fetichización de los medios.

Tal vez algunos y algunas son indecisos, no logran ser vanguardia y crean todo un complejo de esterilidad teórica y práctica en los procesos revolucionarios.

Es una miseria que a unas aproximaciones tan baratas se las presente como ideas políticas.

El Yo individual no se opone al Nosotros colectivo. El yo individual hace la guerra a la lentitud de los procesos y a los pensamientos políticos anticuados, los cuales lo único que producen en la mayoría de los casos es el estancamiento y la repetición, y por lo tanto bloquean la evolución teórica y práctica de la revolución.

El individualismo es uno de los puntos de encuentro de los deseos colectivos con la lucha revolucionaria devastadora. Por lo tanto, su disposición ideológica tiene como objetivo colectivizar su contenido y al revés. Quiere eliminar la repetición, la cual mantiene al individuo en un peculiar régimen de estancamiento

espiritual y práctico. El nihilismo y el anarco-individualismo surgen cuando el revolucionario posee la sobriedad teórica/analítica, la movilidad innovadora/evolutiva y la perspicacia realista/liberadora.

El hecho de que cuentes con los campesinos y no te prepares tú mismo es el fallo más grande. Prepararte a tiempo para cada eventualidad es la mayor virtud.
Ho Yen Shi

Es necesario que afrontemos la realidad con una iniciativa política revolucionaria bien equilibrada y combativa. Así podremos poner en evidencia la importancia de un análisis, el cual podrá determinar nuestra estrategia de lucha.

La crítica revolucionaria es un camino para que los luchadores puedan conocer al enemigo y sus fuerzas, pero también a sí mismos y a sus propias fuerzas. Esta crítica muestra a los luchadores la razón de sus «fracasos» y promueve el intento de sobrepasarlos. Conociendo y categorizando la naturaleza del enemigo haremos nuestra lucha más inmediata y bajorrelieve. Nuestras victorias no las debemos interpretar de modo unilateral y parcial. Así como también, no debemos subestimar al enemigo a nivel espiritual, ético, estratégico y político.

No tenemos que escuchar las voces que tienden a neutralizar la cuestión de la revolución proponiendo unas alianzas entre corrientes políticas y teóricas inconectables. El único camino es la despiadada, intransigente y vigorosa lucha revolucionaria.

La mayoría aprendió a hablar el idioma de los papeles sociales: el pensionista, el maestro, el estudiante, el obrero, el padre de familia y la lista no se acaba...

¿De verdad podemos tener en cuenta alguna explosión social que tuviera una perspectiva insurreccional? Seamos sinceros. Un luchador concienciado que tiene unos motivos concretos, percepciones, aspiraciones, análisis y unos objetivos determinados, pienso yo, no puede identificarse con alguien que, estando desesperado, agarra impulsivamente los medios de la violencia.

La rabia que ambos sienten por la vida que viven no es por sí misma un factor unitario. El hecho que esta parte de la gente no nos es (todavía) hostil no significa que automáticamente seamos aliados.

A través de una crítica severa. Solamente así daremos la importancia esencial y necesaria a las cuestiones básicas relacionadas con la consciencia.

Quizás no es poco saber por adelantado, que cuando la mayoría del pueblo este económicamente «satisfecho», volverá a sus convenios, a los mismos tratos que nosotros combatimos a diario, o introducirá de nuevo todo eso que nosotros realmente hemos intentado rechazar.

La liberación total devastadora no puede compararse con la mediocridad de los convenios limitados producidos por los mecanismos del Régimen. No puede

compararse con la complicada retórica, que a menudo resulta superficial. No lo puede porque semejante retórica enreda y confunde las cuestiones claras de los valores, en vez de estar a su servicio. No puede compararse porque a lo mejor en un momento dado va a atacar a la revolución por la espalda y llevarla a la derrota.

Por otro lado, no vamos a convertirnos en pesimistas y fatalistas, algo así nos va a decepcionar de una u otra manera. El establecimiento político-económico es rehén de los hechizos del progreso económico mundial, del Banco Europeo Central y del FMI, y las condiciones se tornan inciertas. Las posibilidades, pues, de una explosión social, de un modo imaginario, son cercanas. Vivimos en un modelo capitalista que no es capaz de tomar su propia e independiente posición política. Tenemos un capitalismo incorporado en lo global, y por tanto tenemos que definirlo con claridad como sea. Vivimos en un país del capitalismo evidentemente incorporado y dependiente, el cual tiene como objetivo crear la ilusión de la igualdad entre las clases (posibilidades de escalada social y económica), y de cierta forma lo ha conseguido. Ha prestado a las capas sociales bajas la posibilidad del ascenso social, de subir tanto por su mérito y reconocimiento social como por su capacidad emprendedora. Una vez todos creían que tenían derecho y acceso a un sueño hasta entonces imposible, y que, claro, pensaron que no habrían consecuencias. Un trabajo fijo muy bien pagado, una familia, una casa con piscina, una casa de campo y un coche caro. ¿Y por qué una explosión social se puede imaginar como algo cercano? ¿Por qué el ciudadano ya no tiene esa ilusión de creérselo? El capitalismo no le ha dado lo prometido y además ahora le quita lo que tuvo, trasformando su violencia sutil en una bruta.

Tenemos cada vez más que reconocer las particularidades socio-políticas de cada condición para determinar una estrategia acerada de la lucha.

Como luchadores continuamente buscamos la crítica revolucionaria y a la autocrítica, tenemos el coraje de revisar y de valorar de nuevo. Tenemos que entender la realidad para poder enfrentarnos a ella. Nuestra conciencia tiene que ser el principio y el fin de nuestra reflexión sobre la lucha. Las fuerzas revolucionarias tienen la tendencia a evolucionar, crear pensamientos y puntos de vista sobre el nuevo modelo de vida que les rodea. Tienen la valentía y la sangre fría de reconocer las condiciones socio-políticas existentes y hacerles frente con una crítica puntiaguda. Llegaron al punto de buscar el origen mismo de las palabras, y al mismo tiempo se trata de la búsqueda del origen de las ideas.

Entonces, ¿cuál es el deber de un/a revolucionario/a?, ¿Tiene que atraparse a sí mismo/a en las, carentes de perspectiva, reivindicaciones de la mayoría del populacho o encender la polarización social? ¿Quiere crear unas perspectivas insurreccionales desarrollando nuevos puntos de vista y pensamientos analíticos o poner sus esperanzas en el pueblo, el cual a su vez lo entregará al Poder de turno?

¿No es decepcionante el hecho de que algunos están a la expectativa de que el Capital no sea capaz de dejar satisfecho al pueblo, pero no esperan a la eventua-

lidad que el pueblo abolirá al Dominio? En la búsqueda permanente de nuevas maneras, métodos e ideas encontramos el reflejo real de la lucha. De la lucha por la liberación y de la perspectiva de autonomía.

Es nuestro deber revertir los valores del interés y la conformidad. Es parte de nuestra lucha hacer la guerra a la percepción «mira sólo por lo tuyo y los demás que se jodan». De este modo nos desharemos de las matrices de estereotipos.

No somos gente apropiada para oídos semejantes
¿tal vez tendremos primero que destruir sus oídos para que aprendan a escuchar con sus ojos?
F. Nietzsche

La evolución tiene que ser el sujeto de la búsqueda en todas sus ramificaciones, porque esa guerra quizás tenemos que llevarla a cabo codo a codo con nuestros compañeros y cara a cara con nosotros mismos.
Por lo tanto, continuamente buscamos unos compañeros/cómplices y no aplaudidores y simpatizantes.

Nosotros tenemos que demostrar la transformación sana y radical de las relaciones y estereotipos sociales. En toda esa adrenalina y delirio de la perspectiva insurreccional, tenemos que tener cuidado y no convertirnos en los esclavos de nuestra propia lucha.

El revolucionario no busca la reconciliación, pero tampoco la degradación. No nos satisfacen los superficiales suplementos de la vida que nos tiran como sobras aquellos que administran la riqueza. Las sonrisas falsas, las cuchilladas por la espalda y las actitudes paternalistas no van con nosotros. Compañeros, tenemos que reconocer a nuestro verdadero enemigo y estar a la altura de las circunstancias, tal como nos dicta nuestro corazón, nuestra osadía y nuestra consciencia. Al ámbito revolucionario y tal vez también a los nuevos compañeros/cómplices que vienen, se nos ofrece la posibilidad de recolectar las mejores partes de ésta situación social tan explosiva y tirar todo lo dañino. El terreno quizás ofrece unas perspectivas particularmente fértiles para el desarrollo de la violencia y teoría revolucionaria, para un proceso evolutivo capaz de poner de nuevo los fundamentos para la lucha de la persona contra el Poder.

Construyendo el muro de la liberación nos elevaremos sobre los bastiones. Difundiendo la guerra de guerrillas.

Panagiotis Masouras

LA «LEGITIMIDAD» DE LAS MASAS

Actualmente, con la crisis económica que ha venido incrementándose cada vez más, una parte de la tendencia social de la anarquía acepta, casi sin pensar, la legitimidad del movimiento de masas. Es decir, para estos círculos anarquistas, el carácter masivo de las luchas sociales funciona como presuposición necesaria para la legitimidad ética de la rebeldía.

Cuando, al contrario, una pequeña minoría de individualidades decide poner fin a la inercia y renuncia a ella, su práctica frecuentemente está etiquetada como elitismo, auto-afirmación política o ejercicio de adrenalina.

De este modo, durante los últimos años un ataque de incursión realizado por unxs 15–20 encapuchadxs con martillos y piedras para reventar un banco o el incendio de un concesionario de coches de lujo llevado a cabo por unxs 2–3 compañerxs, a menudo resulta aislado por estos círculos, sin siquiera examinar el contenido de su discurso o analizar un hipotético comunicado que acompañe a la acción. Por el contrario, una movida que atraiga el interés de «mucha gente», aunque sea en un nivel local (lucha para salvar a un parque,

para retirar las torres de alta tensión, etc.), inmediatamente se convierte en la señal activadora para estxs anarquistas.

Y qué les importa si esas luchas sociales «masivas» piden que se aleje la basura de la zona residencial donde están protestando, mientras que la acción minoritaria de compañerxs-incendiarixs lucha por alejar el Poder de nuestras vidas...

En este punto la dialéctica resulta anulada y lo único que queda es el peso del comerciante de ideologías que mide la lucha según la cantidad de participantes. Y mientras que en realidad ambas formas de lucha, la de masas y la minoritaria, no compiten entre sí, lxs partidarixs de la cantidad y lxs ambiciosxs por la aceptación social sienten aversión hacia la lucha minoritaria e intentan enterrarla, condenarla al aislamiento político. Esto ocurre porque la lucha minoritaria desmorona las cohibiciones difundidas por lxs reformistas profesionales que hablan sobre retomar la acción violenta sólo en condiciones de movimiento de masas y en vez de eso responde con sus prácticas aquí y ahora, dejando a esxs «comprometidxs» con su micro-política.

Para ellxs, es un hecho dado que una insurrección social, si logra de satisfacer sus demandas o si retrocede como consecuencia de la represión, ha sido realizada en términos estratégicos correctos. ¿Cuántas veces se ha hecho un balance real después de una movilización masiva, con el fin de identificar sus puntos positivos y negativos, ya sea a nivel político u organizativo? Frecuentemente lo que aparece luego son sólo unos textos victoriosos y triunfales, decorados con fotos de los disturbios, muy poca crítica y un fuerte elemento de la espera al nuevo ciclo de luchas de masas. Y así el ciclo de repetición come de su propia carne y continúa sin evolucionar.

Particularmente hoy en día podemos observar un fuerte giro, manifestado incluso en los eslóganes que utilizan algunxs anarquistas «populistas», hacia una orientación más comunista. Es característica la trasformación izquierdista de ciertos puntos de vista y eslóganes anarquistas que se pueden escuchar en manis y concentraciones, trasformación que tiene como objetivo ganarse una aceptación popular más amplia. Por ejemplo el enfoque anarquista en el rechazo al trabajo, expresado antes por el eslogan «terrorismo es el trabajo, guerra social» ha retrocedido frente a su versión reformista que se refiere al derecho al trabajo: «terrorismo es la reforma laboral, organízate y lucha». Es un misterio bien conocido que, dada la crisis económica y el descontento social, algunxs se piensan que ahora ha llegado la gran oportunidad de «abrir» el movimiento y ampliarlo con más sectores sociales. No consideramos aceptable ni válido para el anarquismo, alterar nuestros valores ni fingir el papel de alguien que no somos para volvernos aceptables y agradables ante más gente. Ninguna táctica ni estrategia dirigida a lograr una mayor influencia social será capaz de disuadirnos de esto y hacernos recurrir a artimañas que ocultan nuestras intenciones y deseos anárquicos, o sea ocultar nuestro proyecto de destruir el Poder y su sociedad.



SOBRE EL SINDICALISMO

Los sindicatos surgieron bien entrada la Revolución Industrial en Inglaterra (s. XIX), en un momento en el que el sistema económico predominante (el capitalismo industrial) había impuesto un modelo productivo basado en las grandes fábricas y manufacturas, donde se concentraban miles de trabajadores. Éstos, procedían del campo, en un momento en el que todo el sistema económico, social y político comenzaba a cambiar drásticamente: se estaba generalizando el trabajo asalariado tal y como se le conoce hoy en día.

Los sindicatos se constituyeron en asociaciones de trabajadores para defender sus intereses frente a los patrones y capitalistas. En esos tiempos las condiciones de trabajo eran horribles: jornadas extenuantes, bajos salarios, nula cobertura sanitaria, ausencia de prestaciones, pensiones y demás... Los primeros sindicalistas pensaron que si eran capaces de oponer una fuerza eficaz, los patrones dejarían de abusar de los trabajadores y los terribles estragos que practicaba el capitalismo se suavizarían. El primer sindicato nació en Inglaterra en la segunda década del siglo XIX.

En estas condiciones se podría pensar que los capitalistas se negarían a la existencia de los sindicatos y los combatirían por todos los medios. No obstante, en general no fue así, y pese a que limitaron mucho y obstaculizaron enormemente la actuación sindical, desarrollando toda una serie de leyes anti-sindicales (que llegaron a provocar despidos en masa e incluso hambrunas), Inglaterra y muchos otros países después los toleraron aunque a regañadientes. Pero ¿por qué?

La respuesta es bien sencilla. Que no hubiera un sindicato o asociación no significaba que no hubiera lucha. Los trabajadores ingleses llevaban años luchando contra el sistema industrial y el desarrollo del capitalismo y habían creado una metodolo-

gía eficaz para llevar a cabo su lucha: la destrucción de máquinas (que por cierto, era castigada con la pena de muerte, al contrario que la actividad sindical). Había nacido el luddismo. Éste no era un movimiento, no era una asociación, no era una organización, era más bien algo espontáneo e instintivo (aunque no exento de una cierta coordinación ni de un planteamiento) y amenazaba con llevar la industria a la ruina. Así es que cuando los primeros sindicatos se organizaron, bajo una base «pragmática» de consecución de simples mejoras y con una dirección centralizada, los patrones tenían con quien negociar, y su interlocutor, al estar agrupado en una sola fuerza relativamente jerárquica iba a la lucha (no tan extrema ni radical como la de los ludditas, aunque quizás con mayor conciencia política) bajo la orden de los dirigentes, que la paraban cuando lo consideraban oportuno.

Posteriormente dentro del sindicalismo surgieron unas corrientes revolucionarias cuya misión era el desmantelamiento del sistema capitalista y la implantación de la sociedad comunista (o anarquista, según los casos), pero cuya lógica y modo de funcionar, aunque con un objetivo más radical y a largo plazo y unos métodos muchas veces violentos e ilegales, eran básicamente iguales. Una sola fuerza controlaba o aspiraba a controlar a todos o casi todos los trabajadores, erradicando las manifestaciones de rabia o las tendencias más autónomas o individualistas. Posteriormente, este movimiento sindical revolucionario fue absorbido y asimilado, cuando no aniquilado, por el Estado a través de los mecanismos democráticos hasta convertirse en lo que es hoy en día, salvo alguna minoritaria excepción: una mega-estructura de conciliación laboral.

Es así como el movimiento sindical, con luchas parciales y relativamente moderadas (según los casos) fue uno de los motivos del mejor desarrollo de la democracia, del pacto, de la negociación y de no dejar ciertas estructuras al mero arbitrio de amos omnipotentes. Las condiciones de trabajo, pues, ya no están dictadas sólo por intereses capitalistas todopoderosos. Se ha ido reconociendo gradualmente en casi todas partes a los sindicatos como representantes de los intereses de los trabajadores; aunque siempre haya sido necesario en muchas ocasiones volver a luchar, los sindicatos se trasforman en un poder que participa en las decisiones. No en todos los ramos de la economía, seguramente, y no a la vez en todas partes, pero es innegable que actualmente los sindicatos son aparatos burocráticos, subvencionados en una grandísima parte por el propio Estado, que generan unos recursos enormes y un inmenso patrimonio y poder dentro del mundo laboral y «obrero», y que operan como co-gestoras del trabajo y empresas asesoras y suministradoras de servicios a sus afiliados (hoy en día los sindicatos son además a la vez empleadores, pues tienen en plantilla asalariados, y no sólo liberados sindicales). En estos términos y dejando de momento a un lado los peligros de corrupción y burocracia que toda organización de masas tiene, ¿quién va a morder la mano de quién le da de comer?

Hay, pese a todo, muchos lugares y circunstancias donde los sindicatos, por muy serviles que sean, son un obstáculo para los intereses capitalistas.

En estas circunstancias incluso ahora contra los dueños monopolistas de empresas gigantescas los sindicatos tienen pocas posibilidades; estos capitalistas todopoderosos desean ser dueños absolutos, y en su arrogancia difícilmente permiten ni siquiera los sindicatos amarillos serviles.

Aparte de esa restricción, y aún suponiendo que el sindicalismo esté plenamente desarrollado y abarque toda la economía (en muchos sectores muy precarios del mercado laboral ni siquiera están presentes pues se han convertido únicamente en una empresa de servicios y representación de funcionarios y obreros generalmente cualificados, bien alejados de la más cruda realidad actual del mundo laboral), esto no significa que se haya abolido la explotación, que se haya reprimido el capitalismo. Lo que se ha reprimido es la arbitrariedad del capitalista individual; lo que se ha abolido son los peores abusos de la explotación.

Una norma de salarios, que satisfaga las exigencias vitales más modestas, de modo que los trabajadores no se vean empujados una y otra vez a rebelarse por hambre, e incluso dotar a los trabajadores de un cierto estatus económico y acceso a los bienes de consumo, es cosa necesaria para que la producción no se interrumpa, para que aumente el consumo y con él el control social, para que se desarrolle el capitalismo, funcione mejor el Estado gracias a su cara democrática y para dar la ilusión de que todos somos iguales y todos tenemos los mismos intereses.

Una jornada de trabajo regulada que no sea muy extenuante —aunque la otrora más común reducción de horario se neutraliza en gran medida por la aceleración del ritmo y el esfuerzo más intenso— es necesario para el capitalismo mismo, para preservar en condiciones de uso a unos trabajadores que mediante su lucha contra la mezquina avidez del capitalista tuvieron que establecer las condiciones del capitalismo normal. Y tienen que volver a luchar sin cesar para preservar ese cierto equilibrio. En esta lucha los sindicatos son los instrumentos. Por lo tanto, los sindicatos cumplen una función indispensable en el capitalismo. Por regla general los sindicatos son un elemento esencial del capitalismo. Sin ellos como apaciguadores de las tensiones sociales y «perfeccionadores» del mecanismo económico y político la normalización del capitalismo no está completa. Aunque los sindicatos son, en cierto sentido, producto de la lucha de los trabajadores y se mantienen mediante el sufrimiento y los esfuerzos de éstos, son al mismo tiempo órganos de la sociedad capitalista. Son una burocracia corrupta, que juega al ajedrez con los trabajadores para cumplir sus objetivos: la obtención de más poder, de más influencia en la gestión de la economía, que se les tenga en cuenta. Para ello si tienen que defender intereses de trabajadores (por supuesto de forma democrática y sacando tajada de ello) lo harán, y si los tienen que dejar indefensos o en la calle, también lo harán. No son más que corporaciones que velan por sus intereses. No en vano, los sindicatos que aceptaron los pactos de la Moncloa y de Toledo son los que tienen la posibilidad de representar a nivel nacional a todos los trabajadores, y de firmar en su nombre los acuerdos que crean pertinentes sin el consentimiento

de sus representados, ni tan siquiera su opinión. Entre todos los sindicatos de este país, podemos contar la cifra de algo más de dos millones de afiliados (1.900.000 entre los mayoritarios CCOO y UGT), sin embargo los sindicatos, y concretamente los dos mayoritarios representan a más de 20 millones de trabajadores. Es el acto de la política parlamentaria y representativa llevada al mundo del trabajo. Es más gracioso al observar que obtienen la mayor parte de sus fondos de los impuestos de sus representados (subvenciones estatales), de favores de fundaciones y empresarios, del robo manifiesto (¿recordamos la PSV o las tramas de corrupción de los fondos del FOREM?) y de las cuotas de sus sindicados, cobradas además por domiciliación bancaria. No mencionaremos mucho a los sindicatos minoritarios (salvo alguna que otra honrosa aunque trasnochada excepción) que son la misma cosa, sólo que tal vez sean algo más combativos porque como carecen del Poder y no tiene que conservarlo ni miedo a perderlo, pueden arriesgar un poquito más, pero entran en la misma lógica y sus aspiraciones y funcionamiento son idénticos.

Mencionar el juego de las elecciones sindicales, reproducción en pequeña escala de las elecciones políticas en el mundo laboral. Los trabajadores echan un papelito en una urna para elegir a su delegado, que va a firmar y negociar con la patronal los próximos 2, 3 ó 4 años. Así se extraña luego la gente de la oposición tan tibia que tienen los sindicatos frente a los abusos del capitalismo porque al capitalismo, a la desigualdad y explotación que genera, en sí, está más que claro que no se oponen.

Lejos de pedir a los sindicatos que representen mejor a los trabajadores, que sean más duros con la patronal, que convoquen más y más contundentes huelgas, el tema pasa por la no delegación de nuestras condiciones de vida, trabajo, desempleo y lucha en especialistas y burócratas, ni en nadie que no seamos nosotros mismos. Una corporación, en este caso sindical, no puede más que defender intereses corporativos. Los intereses de los que tienen la desdicha de sufrir en sus carnes la explotación del mercado laboral, han de ser ellos mismos quienes los defiendan, quienes actúen, se junten, se comuniquen y luchen por sus propios intereses.

Pero ¡ojo! Cuáles son los intereses de los trabajadores ¿cobrar más y trabajar menos? ¿convertirse ellos en explotadores, en patrones? Si pervive el capitalismo, si no es atacado ni cuestionado siempre habrá una élite que tenga la riqueza y gente que tenga que partirse el lomo para generar esa riqueza a cambio de un mísero salario. Siempre habrá quien viva en un yate y quien trabaje 48 horas semanales por 700 euros brutos al mes en una gran superficie comercial del centro. Si pervive el Estado, aun en su cara democrática, siempre habrá quien mande y quien obedezca, quien diga a los demás cómo ha de vivir y gente que acabe acatando la ley.

Los sindicatos no convocarán una nueva huelga general, las que han convocado en los últimos años ha sido o por no ser unos siervos alevosos del gobierno (como el 29-S de 2010), por lavarse la cara (29-M 2012) o porque no les han tenido en cuenta en las decisiones tomadas sobre el mundo laboral (como la del 20-J del 2002), y si por casualidad «algún santo estuviera de guardia» y convocaran otra,

sería una nueva apestosa movilización pacificada y triste a la que denominarían lucha, porque como antes ya se dijo, nadie muerde la mano que le da de comer y los sindicatos ayudaron a montar todo este tinglado, el mismo que produce unas crisis que son inherentes a la economía que nos explota (¿o es que nadie se acuerda que hubo otra crisis en el 97, y otra en el 93, y otra en los 80, y otra en el 73...?). Y si algún sindicato pequeñín y combativo tratara de desmontar este chiringuito, sería lo mismo, todos agrupados en una misma fuerza con una dirección, una dirección que tomaría las decisiones por los demás, aunque los consultara.

Recordemos para acabar que los sindicatos no luchan, que luchar viene del latín *luctari* y significa pelea, enfrentamiento, combate. Y en las peleas hay hostias, y el que da más y mejor gana, y el que gana consigue lo que quiere y el que pierde se jode. Y ahora, políticos, patrones y banqueros ganan, porque nos dan de hostias (a través de las leyes, con sus repercusiones añadidas: reformas, recortes, normas laborales, mercado, despidos, trabajo asalariado) y nosotros perdemos porque lo dejamos todo en manos de los sindicatos, y los sindicatos no luchan, pactan, nos sacan a pasear, negocian, se van a comer mariscos con el presidente y con la CEOE...

En el momento en que empecemos a dar hostias, ahí tal vez seamos nosotros quienes hagamos lo que queramos. En el momento en que empleemos la fuerza, en que nos juntemos de igual a igual, de una manera autónoma, sin depender de organizaciones, de manera espontánea, descentralizada, no jerárquica, sin pedir nada a nadie, sino imponiendo a políticos, sindicalistas, patrones, banqueros y demás laya, y a sus esbirros (prensa, policías, militares...) lo que queramos y coordinemos esa fuerza, seremos imparables, impredecibles y ni la traición de ningún vendido nos podrá parar porque nadie decidirá por nosotros. Delegar en los demás supone no ocuparte de tus propios problemas, dejar que otro haga las cosas por tí. Si delegas, ¿de qué te quejas después?

Basta de lloriquear, a la calle, a liarla, todos, todos a los que este mundo jode por igual, todos, a luchar, a dar hostias (a pedradas, con huelgas, con boicots, con sabotajes, con cortes de calles y vías de comunicación, con ocupaciones, con fuego, con octavillas y periódicos, con cuchillos). Pasemos por encima de los sindicatos, ataquemos a nuestros verdaderos enemigos: los dirigentes de toda ralea y a sus asquerosos mercenarios. Es nuestra hora, es la hora de las hostias.





JOHANN MOST: LA APOLOGÍA DE LA DINAMITA

Johann Most (Augsburgo, Alemania, 1846 – Cincinnati, Ohio, USA, 1906). Anarquista alemán de finales del siglo XIX. Fue conocido por popularizar la estrategia de la «propaganda por los hechos», la cual apostaba por una acción decisiva por parte de los individuos para inspirar la acción del resto encaminada a destruir el Estado y toda forma de opresión. Dicha estrategia consideraba que las masas, adormecidas y resignadas, despertarían en medio de un clima de tensión social y de desestabilización del Sistema, mediante los atentados de una pequeña minoría, y se alzarían contra la injusticia. Most establecía que *el sistema actual será más rápido y radicalmente vencido eliminando a todo opositor*. Most fue gran apologeta del atentado a través de explosivos, por lo que se ganó el apodo de *Dynamost*, aunque curiosamente no se conoce a ciencia cierta si participó personalmente en acciones políticas de corte violento.

Realizó gran parte de su actividad política en Alemania, curiosamente en las filas del sector radical del Partido Socialista, del que fue marginado. La terrible

represión que sufrió el anarquismo a partir del atentado fallido contra el kaiser en 1876, y que afectó también a ciertos sectores del Partido Socialista (partido que fue una auténtica cantera para el anarquismo alemán, ya que de sus filas salieron decenas de futuros libertarios), llevó a Most, aún socialista pero cada vez más crítico con su partido, con el parlamentarismo y con el Estado, a emigrar a Estados Unidos (previo paso por Londres, algo habitual entre el exilio anarquista de la época), donde ya inició su actividad política como anarquista, aun sin perder el vínculo con los socialistas alemanes exiliados.

Most escribió una importante pero actualmente desconocida obra titulada *La ciencia revolucionaria* que era un manual para la fabricación de explosivos, aprovechando su experiencia como trabajador durante tres años en una fábrica de dinamita.

Fue contemporáneo de muchos otros famosos anarquistas, con quienes polemizó arduamente, como Goldman, Berkman o Malatesta, quienes lo respetaban pero diferían de algunos de sus métodos políticos. Con el tiempo y debido a una auténtica tempestad de atracos y atentados, a veces sin sentido claro y en un clima de propagación de un amoralismo defensor de la violencia por la violencia e incluso de la violencia como estética y arte, empieza a favorecer la concienciación de los trabajadores y su organización libre a través de tácticas ajenas de dogmas e insensateces, por lo que empezaba a condenar cualquier indicio de violencia gratuita y pseudo revolucionaria, sin por esto renegar de su pensamiento. Simplemente comienza a matizarlo más y a expresarlo de manera menos exaltada, compatibilizándolo con una lucha más social, de masas y con la propaganda de ideas y conceptos teóricos anarquistas.

Publicó un conocido periódico anarquista denominado *Freiheit* (Libertad), popular entre los libertarios de Austria, Bohemia y Hungría. Originalmente publicado en Londres, luego siguió publicándose en Nueva York, con amplia acogida además entre los alemanes en el exilio. En él se nota su evolución desde sus originales posturas incendiarias hacia finalmente la preferencia por la educación y la estrategia de organización revolucionaria con principios formativos.

Most, que comenzó a decantarse por una tarea revolucionaria más encaminada a la organización, sin abandonar el ataque y el sabotaje, en una época en la que la propaganda por los hechos comenzaba a recular y se iba abriendo paso la táctica anarcosindicalista, no llegó a vivir lamentablemente, la etapa que en Estados Unidos sería de más duro enfrentamiento contra el Estado por parte de los anarquistas, en especial a partir de 1919 y sobre todo en el climax del caso Sacco y Vanzetti, que llegaría hasta 1927 cuando el gobierno norteamericano lanzó su más dura ofensiva contra el anarquismo en un constante *toma y daca* que llevó a la muerte y al exilio a muchos anarquistas pero también a la destrucción de la bolsa o a la muerte de fiscales, gobernadores y grandes banqueros. A partir del *crack* del 29, la socialdemocracia empezó su tarea pacificadora (poco a poco, extendiéndose lentamente por la década del treinta en muchos lugares) y las luchas en general se fueron integrando cada vez más en el Sistema, quedando los anarquistas como una minoritaria fuerza de combate más teórica y testimonial que otra cosa hasta los años 60.

Contacto:
revista.infierno@yahoo.com